

* * * * *

VARIEDADES HISTÓRICAS Y LITERARIAS (*)

RECUERDOS DE CAGIGAL

(Fundador de los estudios matemáticos en Venezuela)

AL SEÑOR DR. D. JUAN PIETRI.
ETC., ETC.

Nuevo y gracioso esbozo de arte acaba de entrar en nuestro desván, donde ha sido recibido con los honores debidos. No es una de esas obras célebres que se consiguen con sacrificios, después de haber descendido del Capitolio á la Roca Tarpeya, imagen de las riquezas que desaparecen y del mérito que perdura, siempre solicitado con entusiasmo. No, no es una joya del grande arte, sino un boceto del arte íntimo, recuerdo de una gloria venezolana, eco suave que nos habla de una existencia que dejó en la labor de nuestro progreso surco profundo, conquistas científicas y literarias, estela luminosa: es una acuarela de Juan Manuel de Cagigal, el sabio maestro fundador de los estudios matemáticos en Venezuela, ahora sesenta y un años.

¿Quién fué este eximio varón? ó en términos más familiares. ¿Quién no conoce el nombre de esta lumbrera de las ciencias, quién no ha oído hablar de este espíritu admirable que habiendo podido figurar en las capitales del viejo mundo tornó á su patria, inspirado por el amor á la familia y á las glorias del suelo natal?

(*) Hemos ya dado á la estampa algunos cuadros sobre este etma como los intitulados: Muñoz Tébar, Bello, Madariaga, Barait, Olmedo, Humboldt, etc. etc. etc.

Pero si la fama, en toda Venezuela, otorga á Cagigal la palma del triunfo en Ciencias y le rinde honores como hombre de letras que dejó por todas partes muestras de su buen decir, quizá no habrá sino pocos que le conozcan como amante del arte, como artista del hogar que trabajó para sus amistades, que alcanzó éxito, ayudado de espontánea inspiración. Ahí están sus acuarelas, esbozos admirables donde el talento artístico del sabio matemático dejó reflejos que perduran.

Una botella lanzada al océano enfurecido en noche angustiosa es como nuncio de la ciencia que, tarde ó temprano, lleva á los sabios de lejanas costas noticia de algún naufragio, de algún incidente útil en los dominios del progreso universal. La misma botella al presentarse muda en playa solitaria, es elocuente, no sólo por la noticia que guarda, cuanto por las corrientes que la han conducido al través de los océanos: la botella es un objeto que habla. Un grano vegetal llevado por casualidad en alas de los vientos, al caer en tierra fecunda va á proporcionar gérmenes de riqueza, á ser el encanto de los agrónomos ó quizá el ensanche de una pasión, aquella que brota al contacto de dos almas que se solicitan. Las excavaciones modernas han vuelto á la luz obras admirables del arte antiguo. Surgen después de haber dormido, durante siglos, bajo las ruinas de pueblos que desaparecieron en la noche de los tiempos. Una rama florida de ojiaanta y sobre ésta el nido de un ave que abrigaba bajo su ala maternal á sus hijuelos, indicaron á Colón las costas todavía lejanas de la apartada Guanahany. Una muestra del arte íntimo, un boceto, una acuarela ignorada de la multitud, llega también á nosotros como un recuerdo lejano. Es un boceto que lleva por título *El Pescador del Adriático*, y nos habla del autor, de Leopoldo Robert, aquel que se suicida y desaparece del mundo del arte, víctima de un amor sin aurora; y nos habla también de aquel otro artista, de Juan Manuel de Cagigal, que murió después de haberse perturbado la razón, víctima igualmente de otro amor que careció de onda aérea que trasmitiese el pensamiento, de luz que vivificara el alma enamorada, de melodía celeste que acercara y fundiera los corazones.

¡Pobre artista, noble sabio! ¿Dónde están tus ensayos, tus muestras del amor al arte, cuando en felices días, desde las cimas del viejo Calvario, espaciabas tus miradas sobre las verdes praderas que baña el Guayre, y seguías las siluetas de las colinas que circundan la ciudad de Losada, para posarlas al norte, sobre la gigantesca Silla, de *gaulterias y bejarias* coronada? Dejé tu pincel variadas muestras de esta naturaleza tropical siempre ceñida de espléndida diadema, porque de todo supo sacar ventaja tu inspiración. La cabaña del labriego al pie del árbol secular; el arbusto sabeo que embalsama con sus florés las auras bajo la sombra maternal de su bucare, como dijo el Poeta; el naranjero que se inclina al peso de su carga y aspira el frescor del agua que lame sus pies; el buey que muere, ya libre, al caer la tarde, sin darse cuenta del ser alado que sobre uno de sus cuernos despide, con canto triste, al sol de ocaso; las espigas del cañaverál que se columpian al recibir los últimos rayos del día moribundo; he aquí los variados temas de la inspiración del artista y del sabio, cuya fama proclaman las locomotoras venezolanas en su carrera trémula, bulliciosa, imponente, y también nuestras academias y universidades en su estudio meditado y tranquilo.

Silencioso, mudo, reposas ya en la tumba artista y sabio; pero la gaya naturaleza á tu lado sonríe á toda hora. Aun se cubren las cimas del Avila con las brumas que le envía el Atlántico y Naiguatá gigante recibe, el primero, los fuegos de la aurora. Tu patria vive y tu nombre con ella; tu nombre, tu obra imperecedera, que no podrán destruir ni el tiempo ni las revoluciones sociales.

Hay un hecho conexionado con los sucesos históricos de las provincias orientales de Barcelona y de Cumaná, en la época de la revolución de 1810, del cual no ha hablado ninguno de los historiadores de aquella época. Los comisionados españoles enviados por la Junta de Caracas á los gobiernos de Cumaná y de Barcelona, lograron, con más ó menos trabajo, que los Ayuntamientos de estas capitales aprobasen el movimiento de Caracas y se identificaran en ideas y propósitos. La Junta de Cumaná

concedió varios empleos, entre los cuales figuraba el de Mariscal de Campo dado al Brigadier don Juan Manuel de Cagigal, que acababa de dejar el gobierno de la Provincia de Cumaná como sustituto del General Empanan, depuesto en Caracas por los revolucionarios de 1810. Este Cagigal del mismo nombre que su tío, el célebre General que acababa de morir en España en 1809, había comenzado su carrera militar en la división auxiliar española que había obrado á favor de la emancipación de la América del Norte. A fines del siglo era ya Brigadier de nota; á comienzos del siguiente figuraba como Teniente de rey en Caracas; y más tarde, como hemos dicho, Gobernador de Cumaná.

Igual distinción, la de recibir un ascenso, cupo en Barcelona al primo hermano de don Juan Manuel, al Coronel Comandante de Armas don Gaspar Cagigal que fué elevado á Brigadier y obtuvo la presidencia de la Junta barcelonesa.

En esto el gobernador de la isla inglesa de Trinidad, Tomás Hislop, deseando tener pormenores de los sucesos de Caracas y capitales de la región oriental de Venezuela, aprovechó la ocasión para saludar al nuevo gobierno de Cumaná, y enviar en un buque de guerra inglés á don Andrés Level de Goda, Asesor general en aquella Antilla. Obsequiado por sus compatriotas, el comisionado Level dió al público una proclama, en la cual disertaba con discreción sobre la marcha que debía seguirse hacia la independencia del país, por los círculos de la capital y de las provincias. Tal fué el primer documento donde, por la primera vez, llegaron á transparentarse los propósitos que, hasta entonces, bullían solamente en la mente de algunos de los agitadores políticos de aquella época.

Esta proclama y el haber llegado á Cumaná el acta del gobierno de Caracas en la cual se desconocía el gobierno de Regencia, obraron de tal manera en el ánimo del Brigadier Juan Manuel de Cagigal, que, en el temor de pasar por traidor ó especulador ante su propia conciencia, por haber aceptado un grado emanado de una revolución, abandonó á Cumaná y se trasladó á Puerto Rico. Cuando el Coronel Gaspar de Cagigal supo en Barcelona lo que pasaba y que se quería obligar á la Junta que presidía á seguir las mismas tenden-

cias de la Junta de Caracas, murió casi repentinamente, quedando en el ánimo del público la sospecha de que había tomado un tósigo, al verse comprometido ante el gobierno de España por haber aceptado el grado de Brigadier y vestido el uniforme correspondiente.

Así desaparecieron de la revolución de 1810 dos militares pundonorosos, de aquilatado mérito que, si de sus ilustres progenitores habían heredado timbres de familia, de la madre patria poseían el carácter y las nobles prendas de ciertos militares de hispano origen.

Gaspar, al morir, había dejado una viuda joven y uno de los dos hijos que había tenido de su enlace con Matilde Oduardo, hija del Licenciado Oduardo, antiguo asesor de Cumaná, cuya esposa era de origen inglés. Contaba el niño Cagigal ocho años de edad, pues había nacido en Barcelona en 1802, y como un obsequio á su primo, el padre le había hecho dar en la pila bautismal el nombre de Juan Manuel, el tercero de este nombre en esta tan distinguida familia. Los acontecimientos de 1810, le encontraron á éste en Caracas, donde frecuentaba la escuela de matemáticas, entre cuyos profesores figuraban el Coronel Juan Pirés y don Pedro Donato y Carranza, profesor de lavado de planos y de dibujo lineal. Ya veremos cómo el discípulo recordará á sus maestros, veinte y dos años más tarde. (1)

A poco complícense los sucesos políticos, sucumbe la revolución de 1810 en 1812, y surge la campaña de 1813 dirigida por Bolívar, la cual trajo de nuevo el gobierno republicano. En las filas opuestas aparece entonces el Brigadier Juan Manuel de Cagigal, ya General, al frente de los ejércitos españoles. No hablaremos de los sucesos militares de esta época tan llena de crímenes y de heroicidades; pero entre los militares distinguidos del ejército peninsular descuella el General Cagigal, no sólo por sus virtudes militares sino también por sus méritos privados y sociales. Hombre recto, militar

(1) De los venezolanos que acompañaron á Cagigal en el primer curso de estudios, sólo quedan D. Manuel M^{te} Urbaneja, en Caracas y D. Juan Carranza, en Cumaná. De los discípulos de dibujo lineal, etc. y acuarela, sólo D. Antonio José Carranza en Caracas.

valeroso, inteligente, Cagigal no perteneció á los abortos que traen las revoluciones sangrientas, sino á los adalides, hijos del deber, para quienes la lucha militar no es mercado de especulaciones bastardas sino campo del honor caballeresco. En los anales de nuestra independencia esta figura que llega á alcanzar la gobernación de Venezuela en 1816, y la de La Habana más tarde, desaparece en 1823, después de grandes servicios á la causa española. Eran los días en que surgía la República de Colombia, llena de nobles aspiraciones y animada al aparecer en el mundo político, después de cruenta lucha y de admirables sacrificios. El joven Cagigal, en Europa, concluyó sus estudios científicos en los mismos días en que desapareció su protector y primo el General Cagigal, y también su madre que, casada en segundas nupcias con el Licenciado Alonso Ruiz, había tenido de éste un hijo que supo fraternizar con su hermano Juan Manuel y acompañarle en los días de amargura y de soledad que iba á depararle la suerte.

Prolongada fué la estada del joven Cagigal en España y Francia donde concluyó los estudios que le pusieron en capacidad de trasmitir sus conocimientos y fundar en Venezuela la Academia de matemáticas. En los mismos días en que ésta fué creada, en 1831, ya los condiscípulos de Cagigal comenzaban á brillar en París, en los colegios, en la Sorbona, en el Jardín de plantas, en el Instituto, etc. etc.

La llegada de Cagigal á Caracas al surgir la República de Venezuela, fué una novedad, un acontecimiento. Después del triunfo de las armas que trajo la República, debía comenzar la construcción del edificio científico, los planteles de enseñanza donde iban á fructificar tantos gérmenes en honor y gloria de la nueva patria. La libertad es el alma de los talentos y de la industria, ha dicho un célebre publicista. Cagigal aparecía en la escena con las fuerzas del sabio, con los velos del republicano. Si sus antepasados amaron los reyes y la realeza, él amaba la República y para las glorias de ésta quería vivir.

Cagigal, al encontrarse en Caracas, tropezó con muchas de las figuras políticas de 1810 que había conocido en su época de escuela. Y refiérese que fué presentado á la esposa de uno de sus más queridos maestros. Es el caso que en una de tantas comidas con las cuales fué obsequiado por las familias distinguidas de Caracas, la que le dió el Licenciado Romero, el anfitrión colocó á la derecha de Cagigal á la señora Concepción Goicoechea de Carranza. Al instante Cagigal hubo de entablar conversaci6n con tan respetable matrona y recordarle las gratas impresiones que conservaba de su marido Dn Pedro Donato y Carranza. Fué mi maestro de lavado de planos, de dibujo lineal y topográfico, y cuanto de tan hábil profesor aprendí lo conservo, dijo Cagigal.

—¿Cuántos varones dejó mi recordado maestro?—preguntó entonces Cagigal á la señora.

—Dos, el mayor, Juan, que es uno de los discípulos de usted, y el menor, Antonio, que ama más el arte que la ciencia.

—Espero, señora, que desde mañana me lo enviará usted á la Academia. Le enseñaré lo que aprendí del padre, mi recordado maestro: el dibujo lineal, el lavado de planos, el dibujo topográfico, etc. Y en cuanto al arte, compartiré con él los ratos que dedico al cultivo de la acuarela, dibujo de flores y de paisajes. Quiero hacer con este joven lo que el marido de usted hizo conmigo, enseñarle lo que sé y contribuir al ensanche y cultura de su talento artístico.

Al siguiente día el joven Carranza, de catorce años, entraba en la Academia. Una rosa fué el primer modelo natural que Cagigal le hizo copiar. Así pasó de la flor al árbol, á los grupos, al paisaje, al mismo tiempo que estudiaba el lavado de planos, el dibujo lineal y el topográfico, etc. (2)

Este fué el origen de la amistad que siempre unió á Cagigal con los hermanos Juan y Antonio José Carranza. Con este cariño por los hi-

(2) Acerca de este artista léase lo que dice PLAZA.—El arte en Caracas, 1 vol. 1883.

jos rendía homenaje de gratitud al padre, al *primer piloto de la carrera de Cádiz*, título científico y oficial que alcanzaron los náuticos é ingenieros de esta familia, desde remotos tiempos.

¿Cómo juzgó entonces el discípulo al maestro, cómo le juzga hoy? “Cagigal, nos ha dicho Carranza, fué uno de los más hábiles acuarelistas que se conocen; y como el cultivo del arte pictórico en aquella grande inteligencia, era lógico corolario que proporcionaba placidez al trabajo fatigante de la enseñanza, sus obras tenían el sello del talento. Colorido, movimiento, perspectiva admirable, gracia en los conjuntos, verdad en el paisaje, la naturaleza con sus tonos, sus sombras, sus puntos luminosos; esto y mucho más sobresalía en los esbozos del maestro. Con frecuencia, en sus ratos de descanso, subía la colina del Calvario y se detenía en algún sitio de los alrededores de la ciudad ó con preferencia en la verde zona de esmeralda que bordea las orillas del Guaire. Conoció Cagigal todas las escuelas de pintura, sobre todo la española, y hablaba de las obras del arte en general con tal maestría, que cautivaba á sus oyentes. Disertaba sobre los méritos de cada obra, y concluía por el encomio de la escuela española que tantos genios había proporcionado á la humanidad.”

Entre los discípulos que tenía Cagigal de acuarela, además de Antonio José Carranza, figuraban el hermano de aquel José M^a Ruiz, José Luis Pereira, Fermin Toro, Baralt, entusiasta decidido de este género de pintura en el cual alcanzó feliz éxito, y Domingo de Tovar, que no podía considerarse como discípulo, sino como maestro, por sus conocimientos prácticos y por sus obras que transparentan su talento.

Cagigal, como artista, tuvo siempre por norte la belleza, el paisaje, las flores, los animales; y las marinas, cuando bajaba á La Guaira. Y como dibujaba con arte, obediente á la inspiración, se entretenía en perfeccionar la obra al darle colorido. Amaba los tonos suaves, sobre todo el violado pálido. Pero no siempre el aspecto de la

naturaleza lo cautivaba, pues su pincel seguía con frecuencia los consejos de su imaginación traviesa, epigramática, y en estos casos las acuarelas representaban grupos de taberna, escenas libres, encuentros maliciosos, etc., etc., etc.

¡Cómo extrañar entonces que nosotros, amantes del arte, acariciemos el boceto de Cagigal que poseemos, como un recuerdo del artista y del sabio! (3)

Al instalarse la Academia de matemáticas en 1831, surgió, como era natural, un centro social, un núcleo de importancia que frecuentaron, durante diez ó más años, los espíritus más distinguidos de la capital, nacionales y extranjeros. Allí los talentos renombrados de la política militante, los periodistas, los aficionados al estudio de las letras, los hombres de ciencia, á cuyo frente descollaba el eminente Vargas. Cagigal, puede decirse, era el centro de todas las atracciones, por su vasta ilustración científica y literaria, por la variedad de temas sobre literatura, historia, bellas artes, política, viajes, etc., etc., que sabía desenvolver con palabra fácil y culta, llena de sal ática, de gracia y de elocuencia. Epigramas, cuentos al estilo de los de Boccaccio, crítica severa y picante que sabía sazonar con chistes color de escarlata; tales eran las buenas condiciones de Cagigal delante de su auditorio siempre inteligente, pues lo componían sus numerosos amigos, discípulos y admiradores. Sólo ante un anciano venerable abandonaba Cagigal los epigramas y los cuentos salados, para revestirse de seriedad imponente, y era cuando se presentaba en la tertulia el eminente Vargas. Al instante Cagigal era otro hombre, el hombre culto que sabía rendir homenaje á la eminencia luminosa. Aquí cuadran las frases elocuentes que acerca del maestro escribió uno de sus discípulos más distinguidos: "En esta tertulia Cagigal hacía venir á la escena en sus ricos trajes y propios coloridos,

(3) Este boceto regalado por su autor á su amigo Jerónimo Rivas, constante compañero del maestro en París en 1843, figuró en la galería artística del Padre José Cecilio Avila. Lo debemos á la bondad de los hermanos Avila, descendientes de esta antigua familia.

lo mismo á Euclides que á Descartes; lo mismo á Homero que á Camoens; lo mismo á Fidias que á Miguel Angel y Canova; á Rafael y á Murillo; á Herrera, Calderón y á Cervantes, como al chistoso Bretón y al satírico Larra de nuestros días. (4)

Concluídos los primeros cursos de estudios matemáticos, Cagigal, después de ocho años de vida dedicados exclusivamente á la enseñanza, se encontró fatigado, y quiso por lo menos dar nuevo ensanche al espíritu y tornó á Europa, como secretario del doctor Fortique, Ministro de Venezuela en Londres. Pidió el Consulado general en París, pero como tal encargo oficial no era conocido entre nosotros, aceptó el de secretario de la primera Legación de la República en Europa.

✓ } Cuando Cagigal visitó de nuevo á París, después de prolongados años de ausencia, palpó que todos sus condiscípulos figuraban en primera escala, en esta capital del mundo. Entre sus compañeros de estudios, Cagigal había sido considerado como lumbrera, como talento creador, pues no se había limitado á lo que le enseñaran, sino que sacaba recursos de su ingenio para resolver los más complicados problemas; y tan asombrados quedaban sus profesores y condiscípulos que todos unánimemente le concedieron el puésto de honor.

Tan luego como fué conocida la llegada de Cagigal á París, sus amigos y colegas se apresuraron á felicitarle. Todos ellos ocupaban altos puestos en la enseñanza científica y habían alcanzado nombres célebres. A poco obsequiaron á Cagigal con una comida á la cual asistieron igualmente algunos de los ancianos Mentores de las ciencias matemáticas, los venerables maestros de la pléyade en la cual había figurado Cagigal en primer término. Recordáronse los pasados días, hablóse del progreso universal en sus relaciones con el poder civil de origen moderno, de la monarquía constitucional, de las repúblicas de la antigua América-española. Y no faltó quien censurara á Cagigal el haber despreciado el brillante puésto que le había ofrecido el gobierno francés como homenaje á la fama y á la gloria del insigne matemático,

(4) MENESES (Olegario) Biografía de Juan Manuel Cagigal fundador de los estudios matemáticos en Venezuela.

por fijarse en un lugar pobre de la América latina. Si había elogio en el cargo, hubo también censura, que Cagigal rechazó manifestando á sus antiguos colegas que para él había más gloria en ser fundador de los estudios matemáticos en su patria, Venezuela, que en toda la honra que le proporcionase figurar en primer escala en las conquistas científicas de la moderna Lutecia.

A su turno Cagigal quiso corresponder á sus amigos y condiscípulos, y lo hizo de una manera fastuosa, quizá para recordar á sus viejos progenitores que sabían hacer uso de sus riquezas por medio de fiestas de campo y de cacerías que formaron épocas en las alegres campiñas de Valencia. Para la comida con la cual quiso obsequiar á sus condiscípulos, Cagigal había mandado construir una vajilla de plata y de oro, é hizo gravar en todas las piezas el monograma J. M. C. Los condiscípulos de Cagigal vieron en ésto, no sólo la riqueza del sabio americano que tenía que desplegar alas en el suelo extranjero; sino también el orgullo patrio, pues que eran obsequiados por el culto secretario de la Legación de Venezuela en Londres.

Pero Cagigal, espíritu levantado, no debía contentarse con ser útil á su patria, que la vanidad es de todas las épocas y de todos los pueblos. Los hombres que alcanzan la meta de la gloria aspiran, en la generalidad de los casos, á tener por campo de sus conquistas las capitales populosas; necesitan de esa muchedumbre ilustrada que aclama, admira, aplaude, empuja; de esa confraternidad que da al pensamiento el vuelo del águila y encuentra por todas partes ecos que se repercuten y pasean de uno á otro polo. Cagigal, como la abeja, había trabajado, á la sombra del bosque, fuera de los bullicios de las pasiones y vanidades humanas. Construyó las celdas geométricas de sus panales que llenó de miel hiblea, para las generaciones del porvenir. Por esto la estatuaría surgió para él, lo mismo que para Vargas y Miranda, á los cincuenta años de haber tan eximios varones fundado en Venezuela las ciencias médicas y estudios matemáticos, y á los sesenta y siete de haber muerto el martir de la Carraca. Vinieron á acompañar á Bolívar en su centenario y á

continuar hermanados, como siempre lo han estado, los fundadores de la patria y los fundadores de la enseñanza pública.

Cagigal aprovechó su nueva estada en Europa para estudiar los adelantos científicos, los museos, adelantos de la industria, y aprender de nuevo que nunca necesita el corazón humano de más ideas y de más ensanche que cuando al llegar la vejez plácida y serena, presente á Dios en la naturaleza, en la ciencia, en el arte, en las aspiraciones misteriosas del espíritu que sabe reconcentrarse en los momentos en que la porción física del ser flaquea y se desmorona.

Libre, feliz, animado, visitaba Cagigal museos, bibliotecas y academias, asistía á los cursos públicos, frecuentaba la amistad de sus condiscípulos, cuando desgracia inesperada se apodera de aquella existencia hercúlea y comienza á minarla. El sabio maestro, fascinado ante una de esas celebridades artísticas que al talento unen la gracia no aprendida y los atractivos de la belleza física, quiso caer en tan seductoras redes, y no encontró, ni la onda aérea que trasmite la palabra, ni la luz que vivifica el corazón sensible, ni la molodía que acerca y fñnde las almas enamoradas. En el teatro francés sobresalía en aquella época, 1840 á 1843, Mademoiselle Duplessis, aplaudida por multitud de entusiastas, de admiradores.

Para un hombre de talento despejado y de chiste como Cagigal, era muy fácil pasar de la admiración al amor; pero el amor pasión no es el que conduce en semejantes casos al triunfo; éste depende del amor vanidad que exige volubilidad, atolondramiento, riqueza inagotable, la ostentación, la conquista, finalmente, que el público curioso se empeña en adivinar y en seguir. El corazón de estas beldades del arte no ama la ciencia reposada sino el disfráz que cambia á cada instante de colores, como las figuras de un kaleidoscopio.

Cagigal al concebir pasión tan repentina y al verse imposibilitado para llevarla á término, quedó herido de muerte. No fué tan feliz como el célebre artista Leopoldo Robert que, en caso igual,

años antes, al impulso de la locura, sucumbe por medio del suicidio. En Cagigal la desgracia comenzaba por la monomanía tranquila, tímida. Creía que iban á perseguirle, que querían asesinarle, y estas ideas tomando creces en un cerebro que tanto había trabajado en el estudio y en la enseñanza, fué lentamente aislando del mundo científico y social inteligencia tan luminosa.

Tornado á Caracas en 1844, Cagigal fué recibido por sus discípulos y numerosos amigos con altas pruebas de estima; y salvando los casos en los cuales la monomanía se exacerbaba, su trato social, su conversación, sus trabajos continuaban como de costumbre. De todas las perturbaciones del cerebro la monomanía tranquila es la más sociable.

En Caracas, Cagigal se encontró con esas atenciones delicadas, hijas de la admiración, de la amistad, del sentimiento cristiano. Todos los esfuerzos se anudaron para salvar al sabio maestro de una situación tan precaria. Una notable matrona, D^a María del Rosario Pacheco de Rivas, le invitó á su campo de Bello Monte, en el camino de Chacao, y allí pasó prolongadas horas rodeado y cuidado por la admirable matrona y todos sus hijos, que le atendían con esmero como si fuera un miembro del hogar. Y no podía ser de otra manera, porque aquella señora veía en Cagigal, no sólo al maestro de dos de sus deudos, sino al sabio compatriota, al amigo constante de su hijo Jerónimo que tanto le había acompañado en Europa. (5)

Mas, si el paciente encontraba encanto en la cultura social de la familia Rivas Pacheco, y se distraía paseando á caballo en los campos vecinos

(5) Don Jerónimo Rivas Pacheco, nuestro viejo amigo, tío del caballero, del patricio y hombre generoso, nos ha obsequiado con un autógrafo de Cagigal de 1844, cuando éste le envió de regalo la acuarela que representa una copia del cuadro original de Leopoldo Robert. Dice así: Señor Jerónimo Rivas—Apreciado amigo—Tengo el gusto de remitir á usted la copia que le ofrecí del *pescador de Robert*. Por de contado que no se la envió como una cosa buena, no obstante haber procurado saliese lo menos mal posible, sino como una débil muestra de la sincera amistad que le profesa su afectísimo, J. M. CAGIGAL.

acompañado de Jerónimo ó de alguno de sus admiradores, poco á poco la monomanía fué tomando creces, y aquel espíritu altamente social comenzó á sumergirse en el mutismo. Acompañado de su hermano José M. Ruiz, Cagigal abandonó á poco á Caracas en 1845, para sepultarse á orillas del Yaguaraparo, en el golfo de Paria. La muerte de su hermano, años después, acabó de hundirle: fueron diez años de locura, en los cuales el sabio enmudeció. La demencia, el mutismo, la vida de relación, hé aquí en síntesis la historia de los últimos días del eminente Juan Manuel de Cagigal,—á orillas del golfo, cuyas aguas saludaron en 1498 las caravelas de Colón. Cagigal murió en febrero de 1856.

Washington, el fundador de la República en el Nuevo Mundo, cierra con su muerte el siglo XVIII, tan fecundo en revoluciones políticas y sociales; y Humboldt, el príncipe de los zapadores científicos, abre, para nosotros los hispano-americanos, con su inmortal ascensión á la Silla de Caracas, la historia del siglo actual, tan fecundo en conquistas científicas, morales, artísticas y políticas. Los exploradores de la tierra y de los cielos parece que trazan la vía, en el mundo de Colón, á los libertadores y fundadores de la República en los diversos países que bañan el Orinoco, el Amazonas, el Plata, y á los que en la inmortal región del Anahuac y de los antiguos Quiches, al Norte y Sur del Ecuador, siguieron las huellas de Washington.

Cuando Humboldt, después de explorar las regiones de Venezuela, Cundinamarca, Ecuador, Perú y México, tornó al Viejo Mundo, fermentaba ya la idea luminosa, precursora de grandes sucesos en América. Miranda surge con la bandera tricolor; en las costas venezolanas, en 1806. Napoleón traza el surco á los precursores de 1810. De nuevo aparece Miranda en la escena americana, y Venezuela proclama su emancipación política en 1811. Pero tras de Miranda desgraciado, surge Bolívar afortunado, en 1813. La revolución, como el huracán de las regiones oceánicas, se

retuerce enfurecida, azota las costas, los valles y pampas, invade, sepulta cuanto encuentra. Por todas partes estalla el rayo eléctrico y desaparecen familias, aldeas, la riqueza pública. ¿Está vencida? N6, es vencedora; y Bolívar la conduce, la guía por sobre el dorso de la tierra. Los adalides que salieron de las faldas del Avila coronada por la Silla, explorada ya por Humboldt en 1800, siguieron las huellas de los zapadores de la naturaleza. "Seguí las huellas de La Condanine y de Humboldt, esclama Bolívar al escribir su *Delirio sobre el Chimborazo*."

Después de tanta sangre, de tantos reveses, de tanta gloria, debía surgir Venezuela, y era natural que tornaran los zapadores de la ciencia, no los maestros extranjeros, sino las lumbreras nacionales. Y apareció Vargas, fundador de los estudios médicos, y tras éste Cagigal, fundador de los estudios matemáticos, el primero que debió seguir las huellas de Humboldt y alcanzar la silla del Avila llevando el martillo del geólogo y el antejo del astrónomo. Así se realizaba aquella ley misteriosa de que nos habla uno de los pensadores modernos, cuando dice que á los dominadores por la espada suceden los dominadores por el espíritu.

Qué falta para la gloria de Cagigal? El que tanto fundó, ¿dónde está? ¿Dónde reposan sus restos mortales?—A orillas del mar de La Guaira aguardan. Con llanto de un pueblo, con lágrimas de discípulos y admiradores, el cadáver de Cagigal fué enterrado á orillas del Yaguaraparo. Pero un día llegó en que los admiradores del sabio lo exhumaron para tributarle honores nacionales. Victor Hugo dijo ante el cadáver de Balzac estas inmortales frases: *El duelo popular es la muerte del hombre de talento; el duelo nacional es la muerte del hombre de genio*.

S6lo el gobierno emanado de la Revoluci6n lealista podr4 realizar esta idea, y rendir homenaje, á nombre de la patria, á los restos mortales del preclaro fundador de los estudios matemáticos en Venezuela.

ARÍSTIDES ROJAS.

Caracas: diciembre 1892.